

Instituto de Educación Superior Nº 6002
Modelando Espacios

Escuchar al profesor decir: -“La primera etapa de la práctica la van a hacer en un ámbito no formal” -, fue para mi un gran: -“¡¿Qué?!”.

Las clases en los talleres del Profesorado de Arte Tomás Cabrera en los primeros 3 años de mi carrera habían tenido, sí, sus características particulares con respecto al Profesorado de Jardín de Infantes, pero en lo demás poco había cambiado el enfoque educativo. A pesar de haber pasado casi 24 años desde el egreso del Terciario de Nivel Inicial, los tiempos, las aulas, los bancos, el kiosco, los docentes, las clases... permanecían iguales en el Tomás Cabrera. Escuchar una propuesta de práctica descontracturada, estaba marcando una diferencia.

Ese “¡¿Qué?!” lleno de sorpresa desencadenaría ahora una serie de ideas que con la simple información del profesor ya me había motivado.

Elegir el lugar. Buscar una compañera o compañero de práctica. Seleccionar el tema. Armar el proyecto. Convocar a la gente y entusiasmarla. Y el desafío más interesante: generar un espacio educativo donde la gente quisiera estar (una educación elegida, no forzada).

Miles de ideas pasaban por mi cabeza. Muchas se relacionaban con sectores sociales desfavorecidos (quizás es el chip que nos ponen en algún momento y cuya información es “hay que ayudar al que menos tiene”). Pero me detuve en una a la que llegué recordando a una amiga que vive en un Country en la zona de San Lorenzo (La Aguada) que una vez me dijo: -“Ché, ¿no vendrías a enseñarnos a pintar o hacer algo con cerámica a unas amigas y a mí?” -y ese solo recuerdo activó mis neuronas generando una sinapsis 100 % efectiva.

Fue como si en un instante se hubiese armado el proyecto completo en mi cabeza. Sólo tendría que llamar a Celmira y preguntarle si todavía estaban interesadas en aquellas clases.

Reconozco que la docencia me apasiona y no me cuesta demasiado activarme cuando se trata de ejercerla, pero no puedo dejar de admirarme al pensar cómo al salirse un poco de la “normalidad” se puede desplazar el interés hacia un punto mucho más elevado.

El trabajo era mayor, porque buscar el lugar, armar el grupo, seleccionar el tema, preparar el proyecto, no era sencillo; pero era muy motivador.

Las formas ya establecidas quizás simplifican la tarea docente, pero lejos están de mejorar los aprendizajes.

Al finalizar la clase ese día, ya estaba la propuesta concreta, mi compañero para llevarla a cabo y las ganas de comenzar. Un par de días después, con un llamado telefónico, habíamos conseguido el grupo; más tarde se concretó el lugar, el día y el horario. Serían clases de cerámica para 9 mujeres (entre 35 y 45 años) de La Aguada, en casa de Celmira los lunes de 13:30 a 16:30.

Les pasamos a “las chicas” una lista de materiales que necesitarían y nos ofrecimos a conseguir otros (luego dividiríamos los gastos). Mientras tanto presentamos el proyecto escrito y una vez aprobado iniciamos las clases.

Este lapso resultó quizás el menos agradable. La formalidad que nos pedían en el armado del proyecto nos parecía innecesaria, considerando que la propuesta completa era diferente. La exigencia de un formato determinado y del uso de ciertos términos y la organización metódica de los ítems, pusieron en peligro nuestra motivación.

Superada esa instancia, nunca más miramos ese papel. No fue inútil, les sirvió a los profesores, pero podría haber sido mucho más simple.

Las Clases

Entrar en una zona con tanta belleza natural era ya haber ganado en experiencia.

Sin ruidos urbanos, sin timbres ni campanas, sin una multitud alrededor. A cambio una galería semi cubierta con una cómoda mesa rectangular rodeada de 10 sillas; un enorme ventanal con vista a la laguna y una manta verde que escondía los más diversos sonidos naturales; una mesita que invitaba a servirse jugo, mate y alguna dulzura para acompañar. Este fue el placentero escenario de todas las jornadas compartidas en “la clase de cerámica”.

Las chicas llegaban puntualmente con ganas de trabajar y conversar. Ambas acciones conjugadas crearon cada día un ambiente en el que todos aprendíamos algo y también modelábamos arcilla.

Cada una a su tiempo, con mayor o menor habilidad, con más o menos conocimientos previos, fue logrando con el paso del tiempo, transformar un trozo de arcilla en una hermosa pieza de cerámica que había sido pensada por ella para cubrir alguna necesidad o sólo por placer. Ninguna era igual a otra. Ninguna hizo la misma cantidad de piezas que otra. Ninguna se comparó con otra. Simplemente se dejaron ser en el hacer.

El contexto generó un aula inexistente donde lo emocional atravesó el saber, donde las manos descubrieron capacidades insospechadas y la confianza al observar cada resultado llegó a motivar tanto que la producción de obras se convirtió en una acción desenfrenada donde la habilidad y el buen gusto se mostraron con orgullo en cada una de ellas concluida.

Los encuentros eran un relax para nosotros, un desenchufe, un cable a tierra...

Aquella idea encapsulada de ayudar a los más pobres no está mal, pero no se trata de una condición económica la necesidad de ayuda.

Encontramos un espacio donde todos recibimos algo: ellas la posibilidad que alguien les pueda enseñar cerámica en su espacio. Nosotros hacerlo.

Pero hay algo mucho más profundo que eso...

Es haber comprobado que la educación formal es una alternativa a otras formas de educación.

Que los ambientes donde se aprende y se enseña son ambientes creados, no existentes. Son generados por fuerzas motivadoras que se potencian mucho antes de comenzar una clase, quizás desde el momento mismo de ser pensada.

Que los grupos reducidos son extremadamente favorables para crear situaciones de aprendizaje.

Que los tiempos, las necesidades, las habilidades, las posibilidades de cada persona son diferentes, y el respeto por ellos es indispensable cuando hablamos de educación.

Que los diálogos que acontecen en el hacer provocan un intercambio cultural cargado de saberes que nos son regalados.

Que cada componente, simbólico o figurado, que se presenta en el contexto, forma parte de lo enseñado y de lo aprendido.

Que a veces las formalidades pueden flexibilizarse y contemplar nuevas posibilidades y eso no modifica el fin ni empobrece el proceso.

Y que enseñar provoca aprendizajes en todos los actores en tanto y en cuanto la acción se torne placentera para todos.